



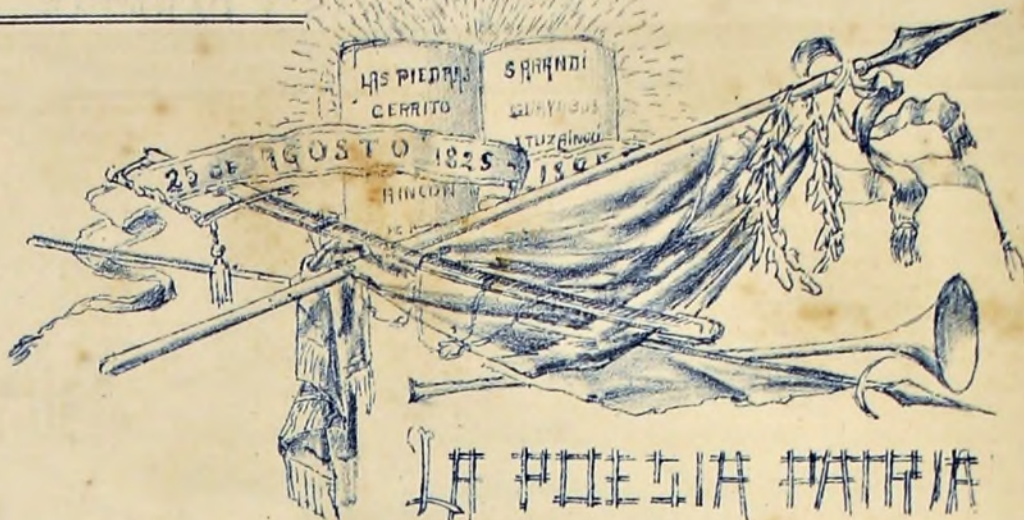
PATRIÓTICA

Al estandarte de la Patria bella
Que, con gloria y honor tremola al viento,
Orientales, hagamos juramento
De vivir libres ó morir por ella.

FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA.



Mirad: del URUGUAY en las espumas,
Del URUGUAY querido,
Brotó un rayo de luz desconocido
Que, desgarrando el seno de las brumas,
Atraviesa la noche del olvido.
Semeja el fleco ardiente que colora
A la lejana estrella vespertina
Que el sueño de la tarde ilumina.
Es primero un albor... luego una aurora...
Luego un nimbo de luz en la colina...
Luego aviva... y se eleva... y se dilata,
Y, encendiendo el secreto de la niebla,
En fragoroso incendio se desata



LA POESÍA PATRIA

Que, en el cercano monte,
Destrenza su abrasada cabellera,
Y salpica de luz el horizonte,
Y en el cielo uruguayo reverbera.

Despiertan los barqueros... ya es la hora;
Y, el chocar de los remos en el río,
Alzan la barcarola de la aurora
De ritmo audaz y cadencioso brio,
La eterna barcarola redentora.
Caen de los sauces las dormidas arpas
Por impalpable mano arrebatadas;
La selva entona de la patria historia
Los no aprendidos salmos inmortales;
Al beso de la luz se alza la guerra,
Y brotan de la tierra
Palpitantes, recuerdos á raudales,
En luminosa ebullicion sonora,
Los átomos alados
Nadan en luz en torno de la aurora,
Y despiertan los cantos olvidados
Que en el juncal dormían,
Los que en las nieblas mudos se arropaban
O, sin eco en el aire discurrían
E, impulsos sin objeto, desmayaban.

Y entre la luz, los cántos, los latidos,
Roja, intensa mirada
Que por el campo de la patria hermoso
Paseó la libertad, pisan la frente
Del húmedo arenal *Treinta y Tres* hombres;
Treinta y Tres hombres que mi mente adora,
Encarnación, viviente melodía,
Diana triunfal, leyenda redentora
Del alma heroica de la patria mía!

IV

Hélos allí...
Con ademán sañudo,
Cárdeno el lábio y la pupila ardiente,
De batallar el acerado escudo
Embrazan sin temblor; ciñen la frente
Con el pesado casco del guerrero,
Y altivo un reto lanzan
Que se estrella en el rostro del tirano;
Que cabalga los aires,
Y rueda, y se dilata y se desborda,
Como, de ruina y destrucción sedienta,
Embozada en su parda vestidura,
Lleva sobre sus hombros la tormenta
La voz de Dios... Clavado en la llanura
Del nuevo *Sinai* sobre la espalda,
Como león que sacude la melena,
Azota el aire y estremece el asta
El pabellón de LIBERTAD ó MUERTE
Que el aura ajita de presagios llena.
Vibrando esta en los lábios de los héroes
El santo juramento
De MUERTE ó LIBERTAD, firme, grandioso,
Que da á los hombres de virtud ejemplo,
Y se esparce solemne y poderoso,
Cual se difunde el salmo religioso
Por las calladas bóvedas del templo.

V

¡Ellos son, ellos son! Patria querida;
No eras tú, no, la que en servil letargo
Te adormeciste ayer; virgen tu alma
Al otracismo amargo
Huyó, vencida pero no humillada,
A salvar pura nuestra patria idea.
Y hoy ya torna encarnada
En la enseña divina que flamea
En la cerviz del opresor clavada.
No era tú, no, lo que su aliento enfermo
Daba á los lirios que en las tumbas brotan
Al calor del suspiro de la muerte;
Yo te descubro allí, radiosa y fuerte
Al verter en el lienzo de la noche

Las tintas del color de la alborada,
Y en el foco febril de tu mirada,
Volvemos, con el sol de nuestra historia,
Ese calor de Libertad preciada
Que el broche rompe de la flor sagrada,
Y fecundiza el germen de la gloria.

Yo te descubro allí; tu alma tan solo
Da movimiento á treinta y tres latidos;
Esos que tornan tu impalpable esencia
Y, empapada en su luz, alzan la frente;
Esos que arrancan de la amarga noche,
La libre aurora del eterno día,
Esos tus hijos son, son nuestros padres,
Patria de mis hermanos, patria mía!

VI

El alma que á su cuerpo retornaba,
Hirviendo circulando
Se infiltró, como un hálito de fuego
En las venas del pueblo, despertando
A su paso entre bosques y llanuras
Las auroras dormidas.
Y los marciales cantos que guardaban,
A medio formular entre los labios,
Alas para volar. El comprimido
Grito de guerra renació los aires,
Hervor de multitudes
Brotó de entre los bosques más lejanos;
El casco del corcel hirió la tierra
Con temeroso son; el de los llanos
Clamor inmenso repitió la sierra
Y se cernieron en siniestro vuelo
Hasta azotar con sus armadas alas
El verde pabellón de las almenas,
Aves en cuyas garras
Cuelgan aún anillos de cadenas
Que, al chocarse, derraman en el viento
Rumor de imprecaciones,
Murmullos de tumultos invisibles,
Fragmentos de canciones
Y metálicos golpes repetidos
Cuyo ritmo se ajusta
De un corazón de bronce á los latidos.

Al sentirlos cruzar entre las sombras,
Lividó los espectros
Que acechan los insomnios del tirano,
En onda descompuesta é imposible
En su almohada se alzaron,
Y poblaron sus horas agitadas
Las visiones de muerte. Atropelladas,
Rodaron las corrientes sacudidas,
El incendio rodó por nuestro suelo,
El PLATA rebramó sordas querellas
Y, como aliadas que aprestaba el cielo,
Sus alas encendidas
Agitaron temblando las estrellas.

Ya es tarde, ya es en vano,
Extranjero opresor, despavorido,
Apercibirte á la forzada lucha
Y concitar innumerables lecciones;
Ya en cercano se escucha
El libre relinchar de les bridones,
Que el casco fijarán sobre tu pecho,
Y el mundo encuentran, á su paso, estrecho.

Ya las ferradas lanzas
Buscan camino, y lo hallarán sangriento,
Hasta tu mismo corazón, sientido
De cobardes venganzas.
En vano en tus mazmorras oprimidos
Escondes los valientes
Que contrastes inermes y rendidos
En torno de su hogar... Oye: ¿no sientes
Cómo alzan á los lejos sus hermanos,
Y llega hasta sus rejas
El himno con que mueren los tiranos?
¡Ah! cuando el grito de los libres suena



Financé
1897

De pronto cobra el cantar
Una forma noble y tierna,
Y el corazón se prosterna
Como á los piés de un altar!
Volando en raudos volar
Suben, música y poesía,
Y se elevan á porfía
Para cantar en los cielos
Los titánicos anhelos
De la vieja valentía.
(BERNARDEZ «EL HIMNO»).

VI

Después tendió su mirada
Por la pradera dormida,
Y la vió, inmensa, florida,
Bajo innúmera manada
De reses; miró salvada
Su riqueza de nación,
Y con la satisfacción
De quien completa un deseo,
Tomó una res de un rodeo,
Y la pintó en su blasón.

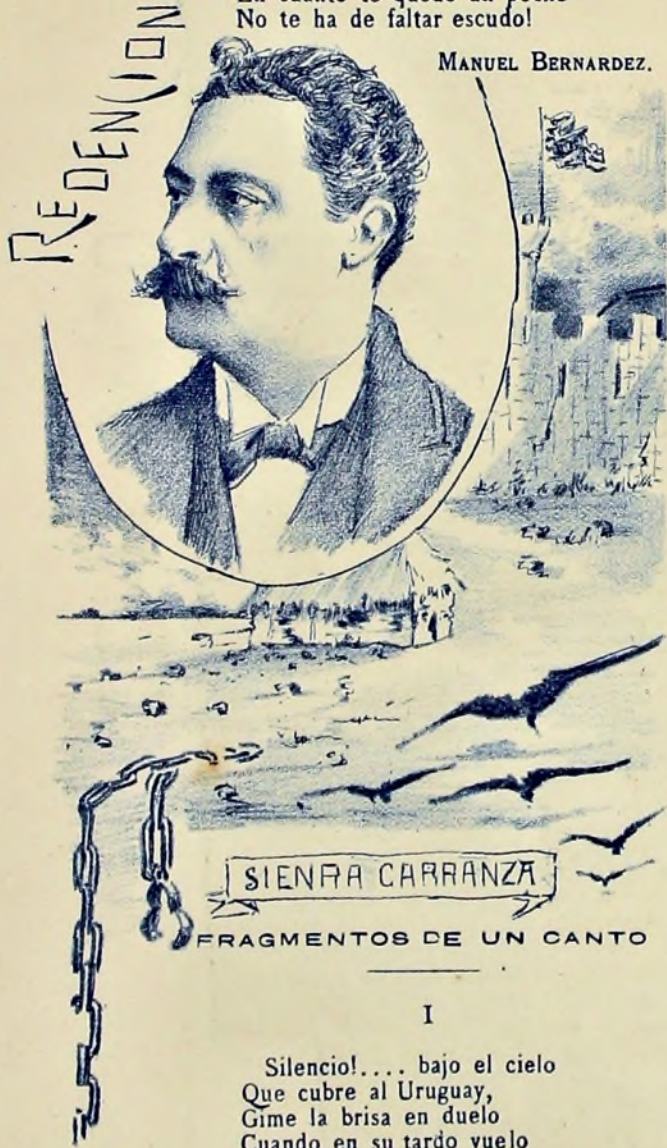
VII

Ya estaba el escudo lleno;
Y con viril alegría,
Lo miró á la luz del día
Y comprendió que era bueno!
El sol brillaba sereno,
Sonaban santas canciones,
Cuando ella sobre cañones
Puso sus cuatro cuarteles,
Con guirnalda de laureles
Y marco de pabellones!...

VIII

Que tus emblemas, Deidad,
Como buenos centinelas,
Protejan á tus escuelas,
Y defiendan tu ciudad!
No tema tu libertad!
Florezca en paz tu derecho!
Que si tu escudo, deshecho
Fuera por golpe sañudo,
En cuanto te quede un pecho
No te ha de faltar escudo!

MANUEL BERNARDEZ.



FRAGMENTOS DE UN CANTO

I

Silencio!... bajo el cielo
Que cubre al Uruguay,
Gime la brisa en duelo
Cuando en su tardo vuelo
Requiebra al ñandubay

Acaso entre las ruinas
Vaga el recuerdo aún?
¿Endechas peregrinas
Aún guarda en las colinas
El solitario Ombú?

El cierzo ya no orea
La sangre del vivac.
De la feroz pelea
Sobre el lugar blanquea
De huesos el tendal

¡Silencio!... los caranchos
Ya hicieron su festín!...
Del genio de los ranchos
No hay en los campos anchos
Ni un débil eco allí.

En la llanura abierta
No hay un jinete ya.
Y, en vano en la desierta
Cuchilla, á dar su alerta
Asómase el yajá.

Silencio!... de los ranchos
No hay en los campos anchos
Más que el escombro allí
Silencio!... Los caranchos
Ya hicieron su festín!

II

Desde o Prata até o Amazonas
Do Andes, ao mar de Anil!
(Himno Brasileiro).

So la coyunda ominosa
Triste cautiva reposa
La ciudad, señora ayer.
En seña de su derrota
La enseña en sus muros flota
Del extranjero poder.

En la épica ciudadela
Descansa ya, que no vela
El atalaya imperial.
Duerme Lázaro su muerte.
¿Quién romper intenta, fuerte,
La lápida sepulcral?

Duerme!... Es verdad que dilata
Del Amazonas al Plata
Su señorío el Brasil.
Y el himno ha unido las zonas
Desde el Plata al Amazonas!
Del Andes al mar de Anil!...

Vienen los fieros vestiglos
Del combate de dos siglos
A solazarse en la paz,
Mientras la sombra, asombrada,
De Ceballos, vuelve airada
La torva y livida faz!

Ni los muertos ni los vivos
Turban los goces altivos
Del coronado señor—
¿Qué es de un pueblo el cautiverio
Cuando en él cifra un imperio
Sus delirios de esplendor?

¡Duerme en paz, ciudad vencida,
Por cuya afrentosa herida
El alma de un pueblo huyó!
Duerme!... ó acaso, en cadenas,
Canta las glorias ajenas
Al compas de tu baldón!

Duerme!... ó acude á la cita
Del sátrapa que te invita
Sus horas á embellecer.
Y adulando su arrogancia
Insulte el sarao la estancia
De Barreiro y de Soler!

Que, en tanto, á los aires flota,
Emblema de tu derrota,
El auriverde pendón,
Y el imperial centinela
Descansa, que ya no vela,
Sobre el épico bastión!

IV

Helos allí, en su inquietud solemne,
En sus frágiles barcas sobre el río.
Jugó con ellos vendabal bravío
Y venció su constancia al vendabal
Las recelosas naves enemigas
Del huracán ante el furor huyeron...
Los que á la patria esclavizada oyeron
Ya están sobre el histórico arenal!

¿Cuántos son?... Treinta y Tres! y á las legiones
Del número de miles desafían!
La libertad y el pundonor los guían
Y los cubre la enseña tricolor...
Alejadas las barcas de la orilla
Se han tirado los dados á la suerte!
Así fué escrito: ¡Libertad ó Muerte!
Así al azar se entrega su valor.

Sublime instante!... La rodilla en tierra,
Puesto en la Patria el corazón altivo,
La frente oreada por el sol nativo,
Y alzado el brazo en bélico ademán,
A la potente voz de Lavalleja
Que formula el sagrado juramento,
«¡O Muerte, ó Libertad!» con rudo acento
Claman los héroes en soberbio afán

Treinta y Tres! Treinta y Tres! en vuestras almas
El alma de la patria que gemía
Concentró sus dolores aquel día
Su esperanza, su fé, su porvenir!
De su azotado rostro la mancilla
En vuestros sables hallará venganza,
O, en la lidia al ceder vuestra pujanza,
La frente doblará para morir!...

Morir?... En el calor de su entusiasmo
Revivirá la vida de otros días
Las palmas, el honor, las alegrías
Del combate, del triunfo y de la paz!
Campo á los héroes!... su falanje exigua
De héroes es semillero... la victoria
Es su hermana. Y la estrella de su gloria
El sol de la vengada libertad!

V

Del bosque opaco por la espesura
Sobre el desierto de la llanura,
De los arroyos entre el juncal,
La sombra escapa desvanecida,
Corre la brisa con nueva vida,
La onda murmura dulce cantar

Rumor extraño, voz misteriosa,
La selva ajita muda y frondosa
Traspasa el monte y el lago azul.
Habla á los jenios de la agria sierra,
Da á los centauros citas de guerra,
Vibra en las décimas bajo el ombú.

Al grito ansioso del teru—tero
Apura el gaucha su parejero
Y el valle eterno cruza veloz
Y, desde el prado que verde brilla,
Arreada al bosque va la tropilla
Silbando el látigo del conductor.

¿Qué es lo que buscan? ¿Qué luz los guía?
¿Qué empresa al hombre pide hidalguía?
¿Quién los bridones demanda así?...
Es que al reclamo de Lavalleja
Hogar y amores el gaucha deja.
Y hacienda y vida lleva á la lid....

Tantos presagios oscuro arcano
Para el espíritu son del tirano
Envanecido con su poder
¿Siente el murmullo?... Desde la altura
De su arrogancia, juzga locura
Cuanto un peligro pudiera ser

Así á sus goces se da tranquilo,
Así sus horas niega al sigilo,
Y en sus laureles duerme quizás...
Así de pronto siente lejanas
Secas descargas, subitas dianas
Ruidos de incendio raudo y voraz

¡Ah del monarca!... No serán leales
Contra su patria los orientales...
No serán fieles á la opresión!
La vil promesa que impuso el dolo
Será la mancha de un lustro solo,
Que hallará en sangre su redención!

Y al primer choque fué la primera
Noble victoria de la bandera
Que el lema ostenta de Libertad!
Y allí el vencido... Calle la lira
El nombre augusto qua aun hoy inspira
Por breve falta magna piedad!

Después... no hay diques para el torrente.
Del pueblo heroico que alzó su frente
La herida cólera se desbordó.
Y del tirano la saña fiera
Rugió impotente cuando en Rivera
Buscó al lacayo, y el libre halló.

Ah de los déspotas!... No serán leales
Contra su patria los orientales
Ni tendrá fieles el pacto vil!
Ya arden las actas de servidumbre
Y en la Piedra Alta brilla la lumbre
De los relámpagos del Sinaí

¡Y el grito cunde de jente en jente
Porque sus diques rompió el torrente,
Porque su cráter abrió el volcán!
Porque hay un pueblo joven y fuerte
Que en su caída no halló la muerte
Y que no vive sin libertad.

VII

Del día en que aflicta, cautiva, doliente,
Con marca auriverde manchada la frente
Surgió ante los héroes la amada ciudad,
Airados, febriles, ni una hora de sueño.
Tranquilo dejaron al réprobo dueño,
Teniendo incesante la lid desigual.

Su número escaso se agranda, se estiende
Se esparce, se estrecha, se pierde y sorprende,
Horrible fantasma, sangrienta visión,
La guardia enemiga se agita espantada
Su espalda de pronto se siente asaltada
Y el ¡salve quien pueda! pronuncia el pavor

Lecor desde el muro contempla asombrado
La exigua falange de espíritu osado
Que así desafía su altivo poder.
Sus nervios se crispan con ira y sonrojo,
Y á un súbito golpe de insólito arrojo
La negra venganza resuelve poner.

Medrosas lecciones dejando su encierro,
Salieron al campo, y el campo del Cerro
Su insigne derrota de sangre empapó
Los sables de Oribe sus filos mellaron
En fiero destrozo de siervos, y arrearón
Los restos al muro que al miedo se abrió.

Graznaron los buitres heridos de espanto
Y allá, á la distancia más hondo quebranto
Más recio desastre responde á su voz!
No pudo sus bajas contar la mesnada;
Que en rápido asalto y á daga y espada
Rivera aquel día segó en el Rincón.

VIII

Las imperiales huestes rugiendo de despecho
Para vengar su afrenta volvieron á la lid;
Para abatir de un golpe la gloria y el derecho
La flor de sus guerreros aglomeró el Brasil!

La arrogante cita bajaron las lecciones
Que el lábaro llevaban de Patria y Libertad;
No dieron al descanso sus ájiles bridones
Hasta encontrar el paso del retador audaz.

Entonces se tendieron las líneas de batalla
Domando la pericia la voz del frenesi.
Al toque de deguello, lanzando su metralla
El brasileiro trajo la carga: es Sarandí!

IX

«Carabina á la espalda y sable en mano!
A la carga!» gritó breve y tonante
El caudillo oriental, y ebria, anhelante
Bajo el humo su hueste se arrojó,
Las líneas con las líneas se chocaron,
Como en ímpetu opuesto dos torrentes;
Crujió el acero en las partidas frentes
Y el hambre de la muerte se sació!

Ciclón que de las cumbres se desprende
Y estrago y ruinas á su paso deja,
En rauda acometida, Lavalleja
La enemiga lección barrió en tropel.
Sables, morriones, lanzas y fusiles,
Cadáveres y muertos palpitantes
Alfombraron el llano que, triunfantes
Los libres recorrieron por doquier

¡Lavalleja! las almas levantemos
De su hazaña ante la inclita memoria
Que en la diana inmortal de su victoria
Del rescate la ley se promulgó!
El derecho del pueblo soberano,
El voto de la patria redimida,
Fue un reto al opresor en la Florida
¡Fue palma en Sarandí del vencedor!

J. SIENRA CARRANZA.



(1817-1828)

I

Musa de las patrióticas tristezas,
Dame el laud con lloros por canciones!
La vía es de asperezas!
Lúgubres las visiones!

¡Aullidos del cañón, ondas sin calma
De la humareda que asfixiante gira,
Removed el ambiente de mi alma
Templad en vuestras cóleras mi lira!
¡Decidme como fué! ¡Fundid el vago
Contorno que en su afán os da mi idea,
Y entradme en lo más recio del estrago,
Donde sus rabias el clarín vocea!

¡Quiero asistir á la fatal jornada;
Parte formar de la legión patriota,
Y sentir en el alma desgarrada
La pena y la inquietud de la derrota!
¡Quiero en el campo de la lid reñida
Recoger al que caiga entre clamores,
Enjugando la sangre de su herida
Con el pendón de pliegues tricolores!
Y quiero de la hueste salvadora
Retemplar el encono y la fiereza,
Preludiando los cantos de la aurora
Al perderme del monte en la maleza.

II

Allá van! Junto al rancho de totora!
Tardo el corcel! La frente doblegada!
Negra ansiedad su corazón devora!
Llevan llanto de angustia en la mirada!

Allá van! orillando la laguna
Escondida en los toscos pajonales
Que esperan á las luces de la luna
Para vestir sus hábitos nupciales!

Allá van! sobre el dorso de la loma
Donde su último airón suspende el día!
Donde entre nubes de salvaje aroma
El espinillo sus malezas cría!

El último suspiro de la tarde,
Sangrienta como un sueño de venganza,
Un extraño fulgor relumbra y arde
En el agudo hierro de la lanza!

Tus hijos son! las huestes montoneras!
Las estoicas bandas campesinas
Que en San José cubrieron de banderas
El lecho en que cansada te reclinas!

Tus hijos son! los héroes de los llanos!
El muro de tu altar! los inmortales
Que hicieron con escudos castellanos
La alfombra de tus plantas virginales.

Tus hijos son! las hordas del pampero
Las primeras dianas de tu historia!
Los que grabaron con buril de acero
Tu nombre sobre el rostro de la gloria!

Vencidos van! y el moribundo día,
Cuyos arcos de grana palidecen,
Saluda con respeto su agonía;
¡Si grandes en el triunfo los veía,
Más grandes aun vencidos le parecen.

IV

Mira, madre! la angustia los desgarró!
Vibra su corazón con honda pena,
Como vibra en sus manos la guitarra
Con el arpegio de los tristes llena.

Saben que bajo el palio de verdores
De un viejo ombú dormido en la colina,
La prenda de sus rústicos amores
Sueña con ellos cuando el sol declina.

Pero mientras los céfiros pampeanos
Cuya canturía con dolor te nombra
Agite los pendones lusitanos,
¡Solitaria la virgen de los llanos
Soñará del ombú bajo la sombra!

V

Y cuánto soñará! Ya desbandandada,
Madre doliente, tu legión bendita,
Sin rivales la enseña esmeraldada
Al soplo de tus céfiros palpita!

El vivo fuego de tu sol la dora!
Ondula con orgullo en tus almenas
Y siente, con desdén de triunfadora,
El rumor que levantan tus cadenas.

Mentira! no ha de ser! Dios no lo quiere!
Prepárate á la lid! brille tu acero!
Enseña al invasor cómo se muere!
Azota con tu lanza al extranjero!

Plaza, imperiales, plaza
A la amazona que á tus lides vuela
Y el viejo escudo de su gloria embraza!
¡Confundis al jaguar con la gacela!
¡De este suelo con sangre fecundado,
Cuando resuena de la patria el grito,
Saldrán! saldrán con el semblante airado,
Preludiando las dianas del pasado,
Los héroes de las Piedras y el Cerrito!
Manes de los caídos
De Catalán en el sangriento enredo,
Dormid bajo los montes florecidos
Sin angustia y sin miedo!
¡No vendrán á turbar vuestro reposo,
Cuando la luna en el espacio asoma,
Ni el ruido del vivac del victorioso
Ni el rezo dicho en extranjero idioma!
Pronto á cambiar el fallo de la suerte
En vuestras tumbas se arrodilla el hado;
¡Vais á dormir el sueño de la muerte
Al calor del terruño emancipado!

VI

Mirad que ya el oriente
De nacarinos tintes se colora,
Como si las guirnaldas de su frente
Lanzara al aire el númen de la aurora.

Es un copo de luz distante y vaga!
Fleco estelar dormido en la laguna!
Ocaso de una noche que aún se embriaga
Con el licor de perlas de la luna!

Baña esa luz de brillos de azucena,
Flor del aire con orlas de rocío,
Sobre un pavés de movediza arena
A un grupo de héroes de mirar sombrío!

Alta la frente que doró el pampero!
Con patriótico llanto en las mejillas!
Con la rabia del odio justiciero!
Los más de pié, los menos de rodillas!

Extendidas las manos con sagrada
Y profética unción, juran leales,
Sobre la cruz del puño de su espada
Desgarrar las divisas imperiales!

Juramento inmortal! grito de guerra,
Que al levantar las curvas de su vuelo,
No cabiendo en el arco de la tierra
Fué á perderse en los límites del cielo!

CARLOS ROXLO

